

Nerea Balda Sanjuan

ENTRE LÍNEAS

Traducción de Ana Balda Sanjuan



erein

NARRATIVA

ENTRE LÍNEAS

erein

NARRATIVA · 56

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

*La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura,
a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.*



1.ª edición: Marzo de 2026

Título original: *Azpimarrak*

Maquetación:

Asier Beltza

Imagen de portada:

Iván Landa

© Nerea Balda Sanjuan

© de la traducción: Ana Balda Sanjuan

© EREIN. Donostia 2026

ISBN: 978-84-1093-060-5

D. L.: D 273-2026

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107. 20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Gertu inprimategia

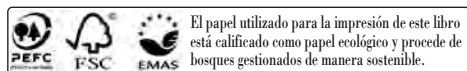
Zubillaga industrialdea, 9

20569 Oiñati, Gipuzkoa

T 943 783 309

gertugrafika@gmail.com

www.gertu.net



Nerea Balda Sanjuan

ENTRE LÍNEAS

TRADUCCIÓN DE ANA BALDA SANJUAN

PRIMER PREMIO DE NOVELA CORTA
EN EUSKERA RAMIRO PINILLA 2022

erein

NARRATIVA

A mi familia, por ser refugio.

ENTRE LÍNEAS

Los fragmentos de poesías que aparecen en el libro corresponden a los siguientes poemas y autores:

Página 61:

Del poema *Ja no és l'amor el qui mena els teus passos*

VICENT ANDRÉS ESTELLÉS

Página 63:

Del poema *Res no és mesquí*

JOAN SALVAT-PAPASSEIT

Página 117:

Del poema *Ara no es fa, pro jo encara ho faria*

JOAN SALVAT-PAPASSEIT

Página 134:

Del poema *Horaris nocturns*

JOAN MARGARIT

Páginas 138 y 140:

Del poema *Plantar sobre la terra*

MONTSERRAT ABELLÓ

1 SELVA

Selva mira con detenimiento a los hombres que hacen cola en la sala de espera de los Rayos X. Lleva una semana observando a esos jóvenes que llegan a la planta de traumatología. Observa sus manos; las manos le dicen mucho, le gustan las de piel fina y sin vello, un poco infantiles, de dedos largos. Ha visto pocas así desde que concertó la cita en ginecología y empezó a mirar a los hombres como si los escaneara. Busca en Google cuál es el perfil de los donantes de esperma, pero la información no le aclara más de lo que lo harían en la propia consulta, y, mucho menos sobre el prototipo de sus manos. Desde que tomó la decisión, tiene en su punto de mira a los hombres de entre 18 y 35 años, siendo consciente de que su criatura heredaría los genes de cualquiera de ellos.

Calcula que el paciente que ha llevado hasta la sala de espera está en la franja de edad para ser candidato. Pero no, este tampoco la acaba de convencer. Sus manos serían bonitas si no las frotara constantemente contra los pantalones para secarse el sudor, pero, desde la posición de portadora de silla de

ruedas, puede intuir lo que en breve será una calva en todo su esplendor. «No me extraña», bromearía Oriol, «comparados conmigo, todos salen perdiendo». Y es verdad, la composición que conforman sus brazos de escalador, las greñas anacrónicas y esa sonrisa de crío le resultó atractiva desde un principio.

Selva no termina de creerse por qué Oriol la eligió a ella, una mujer nueve años mayor, que no hace ningún esfuerzo por esconder sus canas, ni las arrugas alrededor de sus ojos. «Por eso mismo» le respondió Oriol la primera vez que le planteó esa duda, «por eso precisamente». A partir de ese día, cogió el hábito de repetir la misma pregunta cada vez que se acostaban juntos, hasta que se dio cuenta de que a él no le gustaba esa falta de seguridad.

La eligió a ella, sí, pero, sin embargo, aún no la ha presentado a sus amigos. El pretexto, que seguramente le parecerán una cuadrilla de niños. Ante sus compañeros de trabajo también llevan la relación en secreto: un acuerdo sin acuerdo explícito. A Selva, esto le produce un placer morboso, sobre todo cuando, al finalizar su turno, salen a tomar una cerveza y le parece que las compañeras más jóvenes miran admiradas a Oriol. «Vosotras mirad, que yo ya lo disfrutaré», piensa, y así alimentan el deseo mutuo.

Después de dejar al paciente en la cabina correspondiente, ve a Oriol al otro lado del pasillo empujando una camilla vacía hacia el ascensor. También él podría ser su donante de esperma, aunque tenga las manos ásperas a causa de la escalada. La verdad es que sería la elección más fácil y la más barata; dejar de tomar la píldora y listo. Selva consigue a duras

penas deslizarse al interior del ascensor; el chico, cogiéndola por la cintura, le confiesa:

—¿Sabes cuál es mi fantasía?

—¿Hacerlo en el ascensor? Te creía más original... Pero no he venido a eso —se abre la puerta y Selva, asegurándose de que fuera no hay nadie, sale al pasillo—. Tengo que hablar contigo, ven luego a casa.

Ve la señal de aprobación que le dedica Oriol con el dedo pulgar antes de que la puerta del ascensor vuelva a cerrarse. Es una cuestión de estrategia, porque es día de labor y Selva sabe que él suele visitarla, precisamente, los días de labor. Aunque no les toque trabajar en el mismo turno, siempre encuentran un rato, como dice Selva, para sacarle chispas a la rutina.

Hoy, sin embargo, ella ha querido darle un toque de formalidad a la cita, con la fortuna, además, de que Oriol no haya tenido oportunidad de hacerle preguntas.

* * *

—Quiero ser madre —le suelta Selva al recién llegado, sin prácticamente darle tiempo a nada más. La respuesta de Oriol se limita a un gesto conformista tipo «*vayaputadaperoesloquehay*», semejante a la que hubiese dado, en réplica resignada, a un «se me han acabado las cervezas». —Sola —añade, y se da cuenta de que a él se le escapa un casi imperceptible gesto de alivio.

Selva piensa que a lo que siente cuando está con Oriol podría llamársele felicidad, o que, cuando menos, es lo más cerca que ha estado nunca de la felicidad al lado de un hombre. Y

sabe que eso no significa que tenga que ser el padre de sus hijos; es más, tiene claro que si quiere mantener esa felicidad, ha de tener sola a esa criatura. Es algo que tiene claro desde hace tiempo. Y así se lo explica a Oriol, que no acierta a comprender cuál va a ser su papel en la maternidad de su amante.

—Y yo ¿entonces?

—Tú, seguirás saliendo con tus amigos, y, de vez en cuando, vendrás de visita; y, como hasta ahora, te quedarás tres días seguidos a vivir conmigo, y cuando la peste de tus zapattillas se vaya extendiendo, te despacharé a tu casa.

Le acaricia las muñecas, y desliza las manos por sus brazos hasta que desaparecen bajo las mangas de la camiseta. Percibe un ligero olor a sudor cuando se la quita para acariciarle los músculos del pecho. Inmersa en el torbellino del juego amoroso, y tras haber estado en un tris de pedirle que la acompañe a la consulta, se alegra de haberse arrepentido nada más pensarlo.

Le dieron cita en la clínica de fertilidad para el 23 de abril, es decir, en el aniversario del día en el que Oriol le regaló aquella antología de poetas catalanes.

Se siente un poco traidora al pensar que coincidirá con el aniversario de aquel Sant Jordi en el que se convirtieron en algo más que en simples compañeros de trabajo. ¿Qué le regalaría su donante de esperma? ¿Una rosa o un libro? ¿Se le pasaría por la cabeza regalarle una antología poética? Seguramente, a los donantes de esperma ni siquiera les preguntan si leen. Selva se había imaginado que le darían un perfil de hombre a elegir, tal y como había visto hacer en vete a saber

qué película de domingo por la tarde. Delgado, manos de pianista, mirada transparente, «a decir verdad, la antítesis de Oriol», piensa mientras se fija en un lunar que acaba de descubrir en la piel del chico. Mirándolo mientras duerme, le parece perfecto, el Doríforo de Policleto, y le gusta pensar que si sus compañeras de trabajo supiesen que se acuestan juntos la mirarían envidiosas. Pero a su donante de esperma no le pediría la perfección de Oriol —el canon de la siete cabezas, cadera y cintura marcadas—. Manos finas, manos de pianista, manos de escritor. Eso le pediría.

Selva se levanta con cuidado de no despertar al chico, porque aunque es temprano, ella ya no se puede dormir. Todavía faltan horas para la cita y se le ocurre ir a pie hasta la clínica de fertilidad. Compra croissants recién hechos, los coloca en el plato que usa cuando vienen invitados, y los deja encima de la mesa de la cocina. También le deja una nota, «porque te he descubierto un lunar que no conocía». Se imagina a Oriol sonriendo, con las greñas alborotadas, zampándose los bollos de pie, en calzoncillos, y tiene la tentación de añadir un «te quiero» al mensaje; pero, con un movimiento de cabeza, espanta de su pensamiento esa aparición repentina de romanticismo ñoño, influencia de los cuentos de princesas.

Las calles de la Barceloneta ya están en marcha cuando sale de su casa; una mujer que maldice contra los turistas le salpica los pies cuando, con rabia, derrama en la acera un balde lleno de agua. Selva la increpa en catalán y la mujer, entonces, le pide perdón. Unos metros más adelante, ve a la pareja de ingleses borrachos que ha provocado el enfado de aquella mujer y piensa «y aún estamos en abril».

La mayoría de los quioscos están siendo acondicionados en unas Ramblas que en un par de horas estarán a rebosar. Se acuerda de su primer San Jordi, de cuando aún sentía que aquella no era su fiesta. Necesita contar con los dedos para calcular los años y, aun así, no está segura de si son nueve o son diez. Llegó a Barcelona por Sergi, un hombre divorciado y con dos hijos que conoció en un viaje. Le regaló una rosa y la llevó a los conciertos de la *Antiga Fabrica Damm*. Para cuando la tercera cerveza le soltó la lengua, Selva estaba ya harta de los desacuerdos y de las historias que tenía con su exmujer. Se fueron antes de acabar el concierto. Selva pasó un mes en el apartamento de soltero de aquel hombre, hasta que entendió que la había elegido para soltar sus frustraciones. La corta relación habida con Sergi no fue del todo en vano; conoció una ciudad que le encantó, lejos del frío seco del interior, y, sobre todo, se reafirmó en su decisión de que, si alguna vez llegaba a ser madre, lo haría en solitario.

Una chica joven de facciones asiáticas la saca de sus pensamientos sacudiéndole un ramo de rosas de plástico en su cara. Ante el rechazo de Selva al ofrecimiento, la chica mueve las antenas de la diadema que lleva en su cabeza y de las que cuelgan otras flores. «No, esas tampoco, gracias». Decide coger el autobús en la Plaza de Catalunya; hay mucha humedad y no quiere llegar sudando a la consulta. Se sienta en el primer asiento que encuentra libre. La chica que tiene a su lado arranca los pétalos a una rosa, y se le van amontonando en el hueco que la falda le marca en el regazo. Selva intenta adivinar cuál podría ser el motivo para destrozarse una flor de esa manera, y, entonces, se fija en el vientre abultado de la chica.

Desde que tomó la decisión de quedarse embarazada, se encuentra continuamente con otras mujeres en el mismo estado, como si todas las mujeres del mundo hubieran decidido hacer lo mismo, a la vez. Le hubiera gustado hablar con ella, pero para cuando decide cómo empezar la conversación, la chica se levanta y pulsa el timbre de parada. Selva se aparta para dejarla pasar y la sigue con la mirada, hasta que se pierde entre la gente. Entonces, se fija en los pétalos esparcidos por el suelo y en el libro olvidado sobre el asiento.

2 ANDREU

Andreu Bouvila llega antes que lo habitual a las oficinas del TMB. Saluda con un gesto de cabeza, casi sin mirarlos, a los compañeros que charlan ante la máquina de café, para dejar claro que no tiene intención de unirse a la conversación. Mientras introduce las monedas, le da la impresión de que hablan sobre el montón de reclamaciones recibidas el pasado Sant Jordi. A gusto se fumaría ahora un cigarro, aunque lleve más de cuatro años sin hacerlo. Lo dejó gracias a Laia..., gracias a Laia o por Laia, ya que a Andreu le gustaba fumar; «de algo hay que morir», solía decir, como resignado al destino. Pero lo dejó por Laia, de la misma forma que por Laia empezó a usar camisas para ir al trabajo. Cuántas cosas por ella. Por «tener la fiesta en paz», no se enfadó cuando ella tomó la decisión unilateral de dejar las pastillas anticonceptivas. Por esa paz que hoy le ha negado la misma Laia.

Sigue a los compañeros que, con el café en la mano, se dirigen hacia el exterior, y como si lo hiciera todos los días, alarga dos dedos al primero que saca el paquete de tabaco del

bolsillo, «de algo hay que morir». La conversación de los fumadores se interrumpe por un momento, como sopesando la intención del recién llegado al grupo, evaluando si es inofensivo; hablan sobre el *procés*, de qué si no, y Andreu piensa que lo miran intentando adivinar de qué palo va el recién llegado. En ese momento, Andreu se sorprende a sí mismo despotricando contra el *president*, aunque no tenga nada en especial en su contra; o quizás sí... Que Laia sea su defensora acérrima, eso es lo que tiene Andreu en su contra. Cuántas cosas por Laia, en contra de Laia... El comentario solo va a servir para sembrar la desconfianza del grupo, y, total, no le va a devolver la paternidad del hijo de Laia. Decide callarse y concentrarse en sentir el humo llegando a sus pulmones, pero no siente tanto placer como recordaba. Le da el último sorbo al café, y se dirige a la oficina.

Les gustaran o no los libros, Andreu Bouvila tiene la costumbre de regalar uno a sus parejas, costumbre heredada del *avi*. Eso es lo que ha recibido esa Laia, que no le ha regalado nada a cambio, durante los últimos cinco *Sant Jordi*, «otra señal de nuestra hipocresía». «Cinco años juntos y todavía no te has dado cuenta de que yo preferiría una rosa», le echó en cara anoche. Anticipo de lo que le venía hoy, piensa Andreu. Porque el de hoy no ha sido un Sant Jordi normal; tenía que haberse dado cuenta: una rosa para Laia y un libro para él. La confesión de Laia ha roto el silencio incómodo tras el intercambio de regalos:

—No sé cómo decirte esto, pero... el crío no es tuyo, Andreu.

Desde que vive con Laia, las sorpresas se han convertido en algo rutinario para Andreu, y, aunque sabe que, a veces,

han sido un aliciente para la supervivencia de la pareja, en este momento solo le vienen a la cabeza las que ha tragado «por tener la fiesta en paz». Laia dejó de tomar anticonceptivos de repente, sin ni siquiera haber mencionado nunca la idea de ser madre; a Andreu le llegó la noticia del embarazo sin haberse planteado la idea de ser padre, pero se dio cuenta de que estaba ilusionado cuando vio la equipación infantil del Barça en un escaparate y tuvo la tentación de comprarla.

—Nunca te he mentado —le ha dicho Laia, tranquila—. Te dije que estaba embarazada, nada más.

La sorpresa deja a Andreu mudo, como si tras oír la frase «estoy embarazada» hubiese sido un disparate concluir que el padre era él. Pero ahora sí, ahora le preguntaría por qué ha esperado hasta la semana veinte, hasta hacer la ecografía que les ha confirmado que es un chico, hasta ponerle nombre, para revelarles que Joan no lleva su sangre. Y le preguntaría que, si no es su padre, que *collons* será él para Joan. Se lo preguntaría, pero la ha echado de casa; ha salido corriendo al trabajo y le ha soltado que no quiere verla allí a la vuelta. Ya se ha arrepentido, como se arrepiente siempre de lo que hace en caliente en esos arrebatos de ira. Ahora querría que Laia no lo tuviera en cuenta, querría encontrarla allí, cuando volviera a su piso de Gràcia, querría decirle todo lo que se le está ocurriendo ahora, al menos interrogarla, presionarla un poco. Ahora le parece que se lo ha puesto demasiado fácil; a lo mejor era lo que buscaba, quizá no tenía valor para irse y buscó una excusa para que él la echara, el poder reprocharle «tú me echaste, con niño y todo». O, por el contrario, ¿le ha puesto una absurda prueba de amor? Querría reprocharle todo lo que no

le ha reprochado, y, a pesar de todo, eso no lo convertiría en el padre de Joan.

—Bouvila, ¡atento! Retrasos en la L1. Ya he tramitado varios certificados.

—Que sea ese tu mayor problema, Miquel.

—Mmmm... ¿Todo bien?

—¡No! Retrasos en la L1, ¿no es así? Pues, ¡A trabajar!

Tal y como esperaban en las oficinas de la TMB, la jornada está siendo movida, y Andreu Bouvila delega sus responsabilidades en el trepa de Miquel. Hoy pasa de todo, todo lo que cualquier otro día habría criticado, y ni siquiera se ha enterado de los incidentes que se han producido en la intersección de la L6 con la L7 después de que varios manifestantes congregados en Plaça Catalunya hayan huido por los pasillos del metro. Sabe que Miquel denunciará su pasotismo ante sus superiores, pero también sabe que conocen la tendencia oportunista de Miquel y que lo achacarán a eso.

El rollo de siempre en la oficina, lo que cualquier otro día hubiese supuesto una dura prueba para medir la capacidad de control de su cabreo. Pero cualquier otro día, al llegar a casa, encontraría a Laia esperándolo, con dos copas de vino blanco, o con una crepe salada recién hecha encima de la mesa, o en camiseta, tumbada en el sofá tendiendo los brazos hacia él; siempre con alguna de esas sorpresas que hacían esfumarse el cortisol acumulado en la oficina durante toda la jornada.

El día que le dijo «he dejado de tomar los anticonceptivos», lo esperaba con dos copas de cava, y le soltó aquello mientras hacía brindar su copa contra la de Andreu. Él hizo como si creyera que no tenía nada que decir ante aquella

decisión, para ganar tiempo hasta encontrar la respuesta adecuada.

Pero siguió con la misma actitud, sabiendo que, de todas formas, si Laia le hubiera consultado no le habría llevado la contraria y, total, para qué enredar más las cosas.

En nombre de la paz y, también, de la felicidad, ya que Andreu Bouvila pensaba que se podía llamar felicidad a lo que tenía con Laia o que, al menos, estaba más cerca de la felicidad de lo que había estado nunca al lado de una mujer, hasta que todo se ha trastocado al saber que ella lleva al hijo de otro en sus entrañas. Para ser feliz hay que llamar felicidad a muchas cosas, leyó una vez, pero esta nueva situación difícilmente entraría ahora en esa lista.

Cuando baja para cambiar la línea de metro en Plaza Catalunya, duda entre salir allí mismo o seguir hasta Gràcia. Hace una pausa en el cruce de dos pasajes, quieto entre el gentío, dudando si sumergirse en el ambiente de Sant Jordi o huir de él. Decide dirigirse a Gràcia, pensando que al *avi* le parecería imperdonable hacerle ese feo al gran día, pero la esperanza de que Laia no le haya hecho caso y de encontrarla en casa lo lleva hacia allí. Lo que no tiene claro, sin embargo, es por qué quiere encontrarse con ella, si para echarle en cara su falta de honestidad o para darle la oportunidad de pedirle perdón. La dejará hablar primero, y ya verá lo qué hacer. Esta vez no se ablandará con sorpresitas.

Según se acerca al bar Rovira, un pensamiento lo paraliza: «¿y si Laia no estuviera?». Decide pararse allí. Sin darle tiempo a decir nada, el camarero le sirve una caña. El Rovira solía ser parada diaria antes de que Laia fuera a vivir con él. Manel, el

camarero, es un chico de su pueblo que conoce desde pequeño, y a Andreu le gusta el sitio, porque allí encuentra el ambiente del bar del pueblo, que echa de menos.

—¿Qué te cuentas, Bouvila? Hace tiempo que no te veíamos por aquí. —Sin esperar respuesta, coge el mando de la tele y la enciende. Apoya los brazos en la barra—. Tú ya habrás oído algo, los enfrentamientos han debido llegar hasta el metro.

Al ver que Andreu se encoge de hombros, sube el volumen: «A raíz de los altercados entre manifestantes y cuerpos de seguridad, tres heridos han sido trasladados al Hospital Clínic. Los enfrentamientos se han iniciado a mediodía en Plaza Catalunya, al finalizar la concentración convocada contra el *procés...*».

El camarero suspira antes de apagar la televisión.

—En qué acabará todo esto...

Pero no encuentra interlocutor en Andreu Bouvila.

—Manel, ¿tienes un cigarro?

—¿Pero no lo habías dejado?

—De algo hay que morir...

3
SELVA

Selva llega puntual a la consulta y la recepcionista la deriva a la sala de espera. Lo primero que le llama la atención es un ramo de flores moradas que destaca en la blancura iluminada por un amplio ventanal. En un cuadro, una perfecta tripa embarazada, en blanco y negro. La composición derrocha optimismo. «Claro, todo está pensado» se dice Selva para sí. Después de revolver las revistas desparramadas encima de la mesa, saca un libro del bolso. *El perquè*, lee en alto. Al empezar a hojearlo, el libro se abre en una página marcada con un pétalo de rosa. Se pregunta si quizá la chica del autobús ha señalado la página a propósito, si empezó a deshojar la rosa con esa intención, pero enseguida se da cuenta de que no, de que aquel pétalo seco debe llevar allí más tiempo.

Oye abrirse una puerta y un vuelco en el estómago le hace cerrar el libro. Sale una pareja joven que se sienta en la sala de espera. Selva no los mira al darse cuenta de que la chica está llorando en silencio. Su acompañante le acerca una revista y la mujer la aparta de un manotazo. La revista cae al suelo y

resbalando llega casi a los pies de Selva. *El bebé*, lee. Mira de reojo a la pareja; cuántos y cuántas clases de anticonceptivos habrán usado en su vida para evitar un embarazo no deseado, quizá incluso alguna píldora del día después la vez que se les rompió el preservativo. Nota que se le acelera el corazón; nunca se le ha ocurrido que pudiera tener problemas para concebir.

Cuando la puerta se abre de nuevo, oye su nombre. El médico le extiende la mano. La nota fría; tiene dedos velludos y venas marcadas; hubiera preferido que fuera una mujer.

—Siéntate y cuéntame tu caso, Selva.

Es simple lo que le cuenta al ginecólogo: quiere ser madre y no tiene pareja. A veces, las cosas son más simples cuando son mentira.

Ha quedado con Eva para comer; decidieron hacerlo pronto, aprovechando la hora de la comida, cuando la oleada de gente se apacigua, para poder dar una vuelta tranquilamente por las Ramblas. Conoció a Eva en clases de catalán y han mantenido la relación, quedan a comer y van al cine o al teatro de vez en cuando. Eva sabe lo de Oriol, Eva sí, nadie más que Eva; Selva no pudo contener la tentación de contárselo a su amiga:

—¡Me rejuvenece diez años, Eva!

Hoy ha estado tres o cuatro veces a punto de contarle su determinación para ser madre, pero se ha contenido. Todavía tiene que examinar con detenimiento lo que el ginecólogo le ha anotado en un papel; no pensaba que algo que se hace fácilmente en casa pudiera tener tantas complicaciones: una prueba de histerosalpinoséqué, inyectarse la hormona gonadonoséqué,

ecografías para examinar los folículos... ¡Todo un mundo desconocido! Todavía no piensa decirle nada a Eva. Su amiga le apuntaría la posibilidad de Oriol y ella no quiere enredar a Oriol —¿o no quiere enredarse con Oriol?—. En definitiva, es lo mismo.

Se lo contará más adelante. Sabe que su amiga va a ser imprescindible para ayudarle con la criatura, que se lo tendrá que contar antes de dar el último paso. Está segura de que a su amiga le hará ilusión; Eva fue madre bastante joven, a sus recién cumplidos 40 años, tiene ya dos hijas adolescentes.

—¡Dime! ¿Qué tal con tu Oriol? ¡Cuéntame... todo! —le dice guiñándole el ojo.

—¡Eva, te he dicho mil veces que no pienso darte detalles de mi vida sexual! Dime tú, ¿qué tal las chicas?

—¿Las chicas? ¡Vaya semanita hemos tenido! A Mia le ha venido la regla y me he enterado de que Any tiene novio... Y hace nada que me preocupaba de las rabetas que agarraban en el parque a la hora de volver a casa y ¡ahora tendré que enseñarles a usar un condón!

—Es una etapa bonita de todas formas...

—¡Yo tenía dos años más que Any cuando empecé a salir con chicos!

—Todo va más rápido ahora.

—¿Sabes? Desde que he sabido lo de Any, he pensado varias veces: ¿dónde y cómo estarán nuestros amores adolescentes?

—¡Vaya! ¡Tu primera crisis de los cuarenta! —ríe Selva.

—¡No es eso! Sabes de sobra que no cambiaría mi vida de ninguna manera, pero...

—¿Pero?

—Tengo curiosidad. ¿Los reconocería?

—¡Según la evolución del pelo y de la cintura!

—Selva, eso no es políticamente correcto...

—¡Ya lo sé!

Sin embargo, hoy se han reunido para hablar de negocios, y, en cuanto eligen el menú, abordan el tema. Eva gestiona una pequeña galería en el Barrio Gótico y esta temporada está preparando una exposición con las fotografías del padre de Selva. No faltan más que tres días para la inauguración, y, cuando Eva empieza a enumerar lo que queda por hacer, su amiga le corta.

—Te lo dije al principio, haz como si fueran tuyas, tengo plena confianza en ti. Yo iré a la inauguración y me parecerá muy bien todo lo que hayas hecho.

—Invitarás a Oriol, ¿no?

Selva se ríe, ella también tiene ganas de que Eva y Oriol se conozcan.

—Es el día perfecto, Sel, será una presentación informal...

—¡Vale, se lo diré!

Pasan la sobremesa de paseo por Las Ramblas; Selva compra un comic del Drac Català para Oriol, y Eva claudica al comprar el diario de una joven youtuber para sus hijas.

Entre tanta gente y en compañía de Eva, Selva se olvida fácilmente de los temores que le han asaltado en la clínica; pero cuando abre el bolso para sacar la tarjeta del autobús, encuentra los esquemas, las fechas, los nombres raros de medicamentos escritos en papel de membrete morado. Los mete entre las páginas del libro que ha olvidado la chica del bus,

para que no se doblen. Mira el comic que ha comprado para Oriol, seguro que el chico la está esperando; no lo reconocerán porque no quieren caer en esa tontería de las parejas de celebrar aniversarios, pero los dos saben que el Sant Jordi aquel fue un hito, su efeméride, aunque solo sea, porque aquel día fue la primera vez que hicieron el amor. De todas formas, preferiría que Oriol no estuviera aún en casa, no quiere sacar los papeles delante suyo; ya le contó lo que tenía que contarle y no tiene intención de retomar el tema hasta que se le empiece a notar la barriga, a no ser que el chico se lo pida. No quiere sacar los papeles delante de él, pero está deseando mirarlos; desde que empezó con Oriol, es la primera vez que tiene más ganas de hacer alguna otra cosa que de acostarse con él.

Al darle la segunda vuelta a la llave, se da cuenta de que está sola, pero echa un vistazo a la casa y constata que Oriol piensa volver al ver sobre la mesa de la cocina la carterita de piel donde guarda el papel de fumar y la bola de hachís. Sujetando en una mano los papeles del ginecólogo y en la otra el teléfono, consulta sus dudas al doctor Google y, así, confirma que le van a examinar las trompas por si hubiera alguna obstrucción y las hormonas por si no las tiene en su nivel adecuado; descubre que después se tendrá que inyectar una hormona para que los folículos crezcan, y, finalmente, recibir otro pinchazo para estimular la ovulación y estar lista para acoger el esperma del donante. Por último, le quedarán las pastillas para ayudar al embrión a enraizarse en el útero. Suspira, no es amiga de medicarse, cuántas veces les echa en cara a sus amigas por tomar ibuprofeno muy a la ligera, o por ofrecer Dalsy a las criaturas como si fuera una gominola. Y ahora ella

está a punto de trasladar a un laboratorio lo que sencillamente podría solucionarse con un revolcón. Tendrá que encontrar entre las compañeras de trabajo una enfermera discreta que le enseñe a ponerse las inyecciones. Dobla las hojas y las mete debajo del marco de la foto de Punta S´Arenella. Antes de que nazca el bebé, llevará allí a Oriol.

En total son ocho fotografías; todas en blanco y negro, salvo las dos últimas. Fotos que atraviesan de principio a fin la adolescencia de Selva. En las tres primeras, la misma pose: manos en la cintura, cabeza ladeada, pierna izquierda doblada y apoyada en la punta del pie. Recuerda que con quince años aquella postura le pareció ridícula, pero haciendo una concesión a las peticiones de su padre, aceptó, por lo menos, apoyar las manos en la cintura y ladear un poco la cabeza. Los años siguientes, no quiso repetirla, hasta que a los diecinueve, en aquella última foto, recuperó entre risas la pose de cuando era una cría. Como si quisiera cerrar el círculo, sin saber que sería la última instantánea que le haría su padre. Y detrás siempre el mismo paisaje, la bahía de Port de la Selva y el faro de S´Arenella. Lo estimulante de la vuelta a casa era el entrar en la oscuridad de la luz roja y la magia de ver aparecer las imágenes de las vacaciones en el papel blanco. El recuerdo de su padre tiene el olor del líquido revelador: ácido, amargo.

La sesión de fotos solía ser el último día de vacaciones, porque siempre se acordaban en el último momento. Iban en bicicleta, menos aquel último año en el que su padre se empeñó en ir andando; él ya sabía que sería el último, para entonces ya

rumiaría algo. Sin embargo, Selva no le notó nada, al menos, nada que se distinguiera de las típicas excentricidades de su padre. Él le pidió que repitiera la postura de aquella primera foto, cuando tenía doce años, y Selva accedió. Se acuerda perfectamente de cómo se rieron a cuenta de aquello. Dos meses más tarde desapareció. Selva pasaba la semana fuera, porque había comenzado sus estudios en la universidad, y en una llamada que hizo a casa, su madre se lo soltó así:

—Se ha ido. Te ha dejado una caja llena de fotos, será para encubrir su vacío.

Selva trató de desgranar las razones de la desaparición, interrogó sin cesar a su madre. Ella achacaba la huida a la inestabilidad emocional de su marido, a veces hacía como que lo entendía, pero disimulaba muy mal su rabia contra él. Cuando Selva lloraba, le repetía «yo nunca te abandonaré», y, tras esa frase, asestaba, quizá sin querer, un navajazo que decía «tu padre te ha abandonado».

Le dejó fotos, a cientos, de todos los tamaños, y muchos negativos organizados según fechas. Y, de vez en cuando, le llegaba un sobre, una foto o varias: faros, acantilados y costas; el mar, siempre. Entonces, se las enseñaba a su madre como prueba inequívoca de que su padre no la había abandonado.

Impaciente, Selva mira el teléfono. No viene, y resuelve que hoy ya no vendrá. De vez en cuando lo hace, desaparece por un tiempo y, después, vuelve con entusiasmo, hasta que Selva lo echa de su casa, en busca de intimidad. Echarse de menos es parte del encanto, encontrarse sin esperarlo en el trabajo, intercambiar algún pellizco alrededor de la máquina del

café, preparar el momento en el que van a estar solos; pasar un par de días intensos y, otra vez, tomar aire, distancia, recuperar la libertad.

Pero hoy lo esperaba. Aunque al llegar a casa haya agradecido la soledad para poner en orden sus pensamientos, al meterse a la cama agradecería la compañía del chico. Esperaba algún libro; así, recordarían juntos el día en que apareció con aquella antología, reafirmarían lo que había entre ellos. Con el móvil, hace una foto al cómic que ha comprado para Oriol y, antes de mandarla, cambia de opinión. Que no piense que es un chantaje para hacerle venir a casa. «Se te ha olvidado algo en la mesa de la cocina» escribe, y, enseguida, lo borra. No viene. Punto.

Vuelve a meter el teléfono al bolso y encuentra el libro que ha olvidado la mujer en el autobús. *El perquè*, lee, Elvira Simó; no conoce a la autora. El libro se abre por la página que marca un pétalo de rosa seco. *És bo saber callar, fins que és l'hora de parlar*, la cita que abre el capítulo está subrayada con lápiz. Comienza a pasar páginas en busca de más frases subrayadas, y en la primera algo le llama la atención: unas iniciales, A.B. y un número de teléfono. Vuelve a recordar a la mujer, los pétalos recogidos en su regazo, su vientre abultado. Debería enviarle un mensaje para decirle que encontró su libro; a una persona que subraya frases no le hará mucha gracia perderlas, debería darle la oportunidad de recuperarlas.

Además, esa forma de arrancar los pétalos despierta su curiosidad, ese contraste entre la ternura del embarazo y la desolación. «Puede que yo esté idealizando ese estado» piensa Selva. Y esa curiosidad es la que la lleva a coger el teléfono y

escribir el mensaje. Pasado un tiempo, cuando mira si la receptora ha contestado, se sorprende al creer reconocer el paisaje que aparece en su perfil. Amplía la imagen, no hay duda: es Punta S´Arenella. Su Punta S´Arenella.